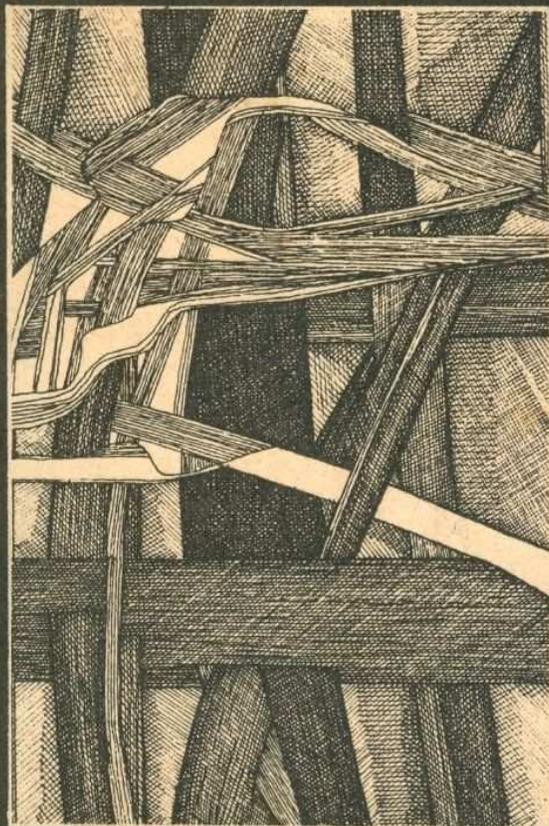


ENRIQUE GONZALEZ ROJO

ANTOLOGIA

A SOLAS CON MIS OJOS



ENRIQUE GONZALEZ ROJO

A SOLAS
CON MIS OJOS



LIBERTEA-JUMHEIA

CUANDO LA PLUMA TOMA LA PALABRA

Estoy dedicado, pues, a la tremenda tarea de deletrear el infinito. Deletrearlo, sí, porque mi pluma, incapaz tanto de ignorarlo cuanto de conocerlo, sólo puede balbucirlo. ¿Qué significa, entonces, "deletrear el infinito"? En primer lugar tematizarlo, tenérselas que ver con él, tomarlo por los cuernos, convertirlo en *el* personaje del drama. Ya en el libro que publiqué en 1972, y en que coloco al hombre y su historia en medio de una naturaleza ilimitada, hago del infinito *mi* tema. Pero así como el infinito, para decirlo en lenguaje filosófico, es el agregado infinito de finitos, este tema no es otra cosa que el tema de los temas. Hablar del infinito es hablar de todo. Estoy dedicado, pues, a la tremenda tarea de hablar de todo, o deletrearlo o balbucirlo. No de conocerlo todo, lo cual es imposible (porque el conocimiento es infinito) sino de referirme, balbucientemente, a todo.

Pero para "deletrear el infinito" se precisa, en segundo lugar, no sólo hablar de él, intentar comprenderlo, dedicarle las estrofas más intencionadas que me sea dable pergeñar, sino también vivirlo, realizarlo, ponerlo en movimiento. Me interesa, en consecuencia, no sólo aludir al infinito, sino encarnarlo, convertirlo en acción. Mi poesía no pretende únicamente poseer una actitud contemplativa y teórica. Desea emprender el infinito. Ser, en una palabra, tan infinita como el infinito mismo. Este insólito deseo de "practicar el infinito" es la razón de fondo que me ha llevado a la idea, que le da sentido a mi vida literaria, de que el extenso poema ya publicado en 1972, se me vuelve el programa de mi actividad literaria presente y futura, afirmación esta que debe entenderse en el sentido de que voy a intentar transformar cada uno de los quince cantos que conforman la obra de 1972 en quince libros. El título del presente texto *El antiguo relato del principio* no es otro, por ello mismo, que el del primer canto de mi libro *Para deletrear el infinito*. Pienso escribir después un poema que se intitule *La bestiada*, como se llama el canto segundo del libro, luego otro que ostente el nombre de *En primera persona*, como se denomina el canto tercero del libro, y así sucesivamente hasta completar los quince libros que se inspiran en los quince cantos del poemario de 1972. Si me diera tiempo la vida y pudiese dar término a los quince libros que me propongo escribir, con inclusión del presente, podría publicar

un nuevo *Para deletrear el infinito*, o *Para deletrear el infinito II*, que en vez de quince cantos poseyera quince libros. Y ya colocado en este carril de optimismo temporal, hasta podría imaginarme que una vez terminado el texto *Para deletrear el infinito II*, podría reemprender la tarea creativa y convertir los cantos de cada libro (los cantos del presente volumen, por ejemplo, y los de *La bestiada*, etc.) en nuevos libros, y así... al infinito.

Con el hecho de trasladar el título de *El antiguo relato del principio* desde el canto primero del libro *Para deletrear el infinito* hasta el texto que el lector tiene en las manos, quiero testimoniar que el libro trata el mismo tema que el canto (como va a ocurrir con cada uno de los catorce poemarios que tengo la intención de dar a luz después de éste); pero lo hace en diferente nivel. El canto lo trata a vuelo de pájaro, de manera superficial y extensiva. El libro lo asume de un modo más concreto, profundo e intensivo. Y es que en esto, en el ir de lo grande a lo pequeño, de lo amplio a lo reducido, de la superficie al fondo, se haya también el infinito.

La pretensión de "deletrear el infinito" está destinada, sin embargo, al fracaso. Sólo Dios, si existiera, podría dedicarse a la *creatio continua* de un poema de nunca acabar. Pero el que esto escribe es un ser precario que tiene, no sé cuándo, que interrumpir su faena. ¿Me quedaré en el libro *Aquí, con mis hermanos*? ¿Lograré escribir *La gran marcha*? ¿Veré publicado algún día *Para deletrear el infinito II*? Lo ignoro. Pero hay algo de que estoy cierto: me encuentro imposibilitado de "practicar el infinito". Sé que mi pluma se va a detener, tarde o temprano, en un punto cualquiera; sé que no hay escapatoria. Y mi poesía, y yo, y mi programa contamos con ello. Mi muerte ha de ser, por eso, parte de mi poesía. Sólo diré lo que quiero decir cuando me muera. La muerte no será el momento del *silencio*, sino el instante en que diga yo, por fin, lo que tenía que decir. Este drama, porque es un drama, no es algo únicamente individual: es el drama de todos, el drama, dialéctico, de lo universal y singular, de la vida y la muerte, del hombre y la naturaleza. Mi muerte es, entonces, parte de mi poesía, de mi operación de balbucir el infinito; pero como es, al propio tiempo, la forzosa frustración del quehacer humano, me obliga a pensar que posee un significado supraindividual: cuando muera, al tiempo que dé término a mi obra (en la forma imprescindible de lo trunco) *me moriré por todos*. "Deletrear el

infinito" es, en consecuencia, todo esto: convertir el infinito en tema, lanzarse a la empresa de practicarlo y fracasar *necesariamente* tanto en su conocimiento como en su encarnación.

No pretendo cantar el infinito como si fuera un mero espectador; ni hundirme en el drama existencial de la muerte a espaldas del ser a perpetuidad de su presencia. Cuando mi pluma toma la palabra, lo hace para mostrar que soy, que somos, cuando lo somos, una etapa consciente, angustiada y vigilante, que nace y muere en el interior mismo de la materia eterna.

(de: *El antiguo relato del principio*)

PARA DELETREAR EL INFINITO
(1972)

EL ENTIERRO DEL ANGEL CUSTODIO

*Sé muy bien que jugar era nuestro único
mandamiento.
Pessoa.*

Tras de mi nacimiento,
saltando con mis células, creciendo,
pude ascender al punto
en que oyendo las voces del camino,
los murmurios finísimos de un polvo
que empezó ya a medirme la jornada,
me solté a caminar de muy pequeño.
Recibiendo regalos de estatura
cada vez que un cumpleaños celebraba,
estuve mucho tiempo
sin aprender a hablar, hasta que un día
pude al fin colocar los explosivos
de mi primer vocablo en el recinto
de todo mi silencio y desde entonces
hablo hasta por los codos de mi pluma.

Para espigar mi sueño
mis padres pretendían arroparme
con canciones de cuna;
mas yo era tan melómano que todas,
me acababan meciendo
irremediabilmente en el insomnio.

Poco antes del ocaso
me aguardaban los cuentos,

que escuchaba embebido
sin que me pestañeara la atención,
hasta que me volvía
a escuchar de la almohada "había una vez"
y entregarme al pausado parpadeo
del acto de dormir y despertar.

A veces me sentía
triste, sin protección, como si hubiera
asistido al entierro
de mi ángel de la guarda.
Otras veces me hallaba tan alegre
que me iba a repartir a domicilio
pedazos de alborada,
poemas de Neruda,
alcancías repletas de miradas
para que fueran rotas al momento
en que brota el crepúsculo.

Si estaba fastidiado,
no sabiendo qué hacer del tiempo vivo,
sacaba de mi caja de juguetes
la espada de madera, las canicas,
alguna vez un oso
del tamaño de Dios,
a quien le dije todo, en la confianza
de que la indiscreción no es de peluche,
o también el cuaderno, mi perpetuo
astillero de naves que bogaban
con su tripulación hecha de tinta,
o fábrica de aviones
que arrojados al aire,

en propulsión de mano,
hacían que planeara la belleza
hasta que aterrizaba a la mitad
exacta de mi júbilo;
tomaba los soldados, las batallas,
el trompo y su mareada cantinela,
los coches de latón, las travesuras.
Mas debo confesar que las sacaba
con temor, porque nunca olvidaré
que al nacer asfixiado, la primera
de todas mis maldades,
me dio la comadrona
mi cuota de nalgadas correctivas.

Cuando el viejo maestro
— que en mi palma medía, con su regla,
cualquier incumplimiento — me arrojaba
a la tarde leprosa de una eterna
tarea, me sentía desterrado,
teniendo por grilletes los rincones
de la alcoba de estudio en que lloraba
de la pluma a los ojos,
en un país de verbos, capitales,
y la raíz cuadrada de mi tedio,
país de la aritmética y su exacta
sustracción estadística del hombre.

Mejor era ir al parque,
colocarse a la sombra de algún juego,
sorprenderle sus nidos al fastidio
y cambiar municiones y agonías.
O llamar a aquel hombre

que iba con su majada
de algodones de azúcar — como nubes
que nos hacían lluvia ya la boca —
y ataba sus corderos de colores
cada uno de una estaca
para ser trasquilados a mordidas.

Cuando cumplí dos lustros
dejé de musitar esas palabras
que se hallan de rodillas,
como primera piedra de algún templo;
comprendí que la fe no es otra cosa
que clavar en la tierra un espejismo,
para que nunca pueda evaporarse
al calor de los pies que traen consigo
la esperanza insolada.

A partir de ese instante
no pude ya creer en otro mundo:
adentro de mi cráneo, los milagros
de Jesucristo fueron también crucificados;
y no entendí hasta entonces
que no hay en las obleas más deidades
que el envinado dios de la cajeta
o que el agua potable
es el agua bendita ciertamente.
Llegué a esa conclusión
jugando a las vencidas con la duda,
hasta que ya después, sobre mi torre,
a campanada en cuello repicando,
llamé, con cierto gozo, a misa negra,
y tuvo el Anticristo de la nada

su más seguro fiel en mi persona.

Yo ignoraba, de niño, que son sábanas
lo que tan sólo baten al volar las cigüeñas.
Pero la pubertad, con mi nodriza,
provocaron en mí
la resuelta erección de un nuevo mundo.
No pude conformarme, desde entonces,
con brindar mis caricias al estanque
donde algunas mujeres se bañaran,
y buscar codicioso, a toda mano,
el rebaño de senos del oleaje.

En fin, entre las fotos
de mi álbum familiar, una conservo,
ilustración perfecta de esa época,
de los frecuentemente extravertidos
senos de mi niñera.

La más dulce lección de geometría
que en mi vida he tenido, se la debo
a que ella, cierta tarde, tacto a tacto,
pasó a confidenciarle sus caderas
al más pequeño Enrique.

13 EPITALAMIOS

*Un hombre está mirando a una mujer...
y la mira a dos manos...
Vallejo.*

I

Murió la indiferencia,
cuando el beso de gracia
hice estallar al fin, a quemacarne.

II

Nuestra primera cita fue en el punto del espacio que atrajo
la punta de tu lengua hacia la punta de la mía.

III

Tu pudor cabecea hasta dormirse
si mis manos se insomnían en tus senos.

IV

Y me surgió por fin el nuevo oído capaz de percibir
la voz afrodisíaca de tu lecho.

V

La súplica, palabra arrodillada,
envolvía mi lengua
en la apretada red de la saliva
que pescaba en sí misma un parecido
perfecto con la sábana.

VI

Al ser todo deseo, caigo en cuenta
que mi ángel de la guarda
ensaya una erección inesperada

de malos pensamientos.

VII

Derrotado el corpiño,
 tu estatua fue esculpiéndole a mis dedos
 su escultura de goce.
 Y el pudor se durmió cuando a dos senos
 para la madrugada, te atreviste
 a mirar, hacia abajo, cómo erguía
 desde mí, nuevamente,
 su pico la cigüeña.

VIII

Creí que inexpugnable fortaleza
 timidaba tu vientre;
 pero una extraña forma de mirarme
 y un movimiento rápido, me dieron
 conciencia repentina
 de que estabas cubierta por la mano
 de parra de mi avance.

IX

A partir de ese entonces en mis manos
 se halló la idea fija de tu cuerpo.

X

Las caricias se animan; mas los besos
 toman el organismo de tortuga
 de la cámara lenta,
 mientras se desvanecen
 los ángeles custodios de tu nalga.

XI

En mi mano aletea tu corpiño.

XII

Tu deseo por mi
entre tus prendas íntimas descubro.

XIII

Y tu ropa interior, sobre la silla,
hacía blancamente un comentario
de mi cantar victoria.
Yo inicié en ese instante el inventario
de mi botín de guerra:
una espalda en que el tacto se me escurre,
como inmovilidad que se derrite;
dos hombros en los cuales lo perfecto
se sube para ver sobre ellos mismos
todo su derredor; senos que dejan
mi boca secamente sin palabras,
mi tintero sin alas o sin plumas.
Un sexo en fin que incita
a tocar en las puertas de otro mundo
con los aldabonazos del jadeo.

EL PENDULO

Ha triunfado otro ay.
Vallejo.

No he de decirlo todo; pero creo
que hay que sacar a veces los trapitos
al menos a la luna.

Explicar
que al momento
de encontrarme
haciendo el inventario de mis llagas,
me regalas presentes imprevistos
como el radar que opera detectando
el vuelo de los ángeles,
o el elefante aquel, color de niño,
que juega pisoteando las cajas de pandora.

Relatar
que al hallarme feliz,
calculando
los millones de células
de tu cuerpo,
de que soy propietario;
feliz hasta creer
que debiera amarrarme a una sirena
al escuchar el canto de los mástiles,
entonces me regalas un desierto
y me robas el agua,
haces que me circulen hormigas por las venas,
que mi cuerpo se vuelva el paraíso
donde nace
la primera pareja de alacranes,
que mis órganos gruñan convertidos
cada uno en una bestia diferente.

Pero entonces
caminas a tu armario
y tomas el estuche donde guardas
la mejor de todas las caricias.

Y otra vez en la luz, sin parpadeos,
sin un solo relámpago de sombra,
a dos manos tomado del orgasmo.
Hasta que de repente me conduces
a tu nueva mansión edificada
en un fraccionamiento construido
a mitad del carajo.

En el flujo y reflujo de este péndulo
(que en su inconstancia empuja
mi corazón metálico de izquierda
a derecha en la entraña)
navego exactamente en el sentido
contrario al que olfatea el viejo lobo
de mar de toda brújula.

¿He de ser prisionero
de este vaivén sin fin hasta el instante
en que ya la agonía
desanude
la luz de mis pestañas
y epitafie el recuerdo
mi irremediable ausencia que se inicia?
No sé. Pero al llegar a estos renglones
abandono la pluma porque ayer,
habiendo ya fletado
un carro de mudanza

para todos los sueños
que me fueron creciendo aquí a tu lado,
todo cambió de pronto
y corro hacia tus ojos
desempacando besos y caricias...

EL TACTO A LA MANO

*" ¡Venturoso el villano
que tal agosto ha hecho
del trigo de tu pecho!"*

Lope de Vega.

La soltería en el lecho esboza las caricias en extraños ademanes. Se sufre la impotencia sexual del ausentarse la mujer amada. Insensible, sin el tacto a la mano, él siente que, en tal partida, ella su piel entera se ha llevado para dejarle sólo carne viva, recuerdo.

Aunque está contra la corrupción —trata de albinas, besos leporinos, peregrinaciones a la tumba del Marqués de Sade— sabe que carga en la bolsa los doscientos pesos de una buena epidermis; pero no desconoce que su cama, cuando la amada se halla ausente, no puede calentarse ni atizándole con otros cuerpos.

Recuerda cuando arrellanaba su sien en los lugares más cómodos de ella, cuando dejaba que la frente se le fuera a pique en su regazo. Cuando en el beso hallaba la semilla de dulcísimos insomnios sin un solo gallo de inquietud, cuando ella se devanaba los senos por complacerlo.

Dice: "quiero volver a besarte a quemarropa, acariciarte a matar. Quiero que se durazne tu cutis a mi tacto, y que sólo tú seas quien conozca las obras completas de mi lujuria".

Sueña reanudar el diálogo para espigar aquellas palabras que llevaban siempre un beso como última letra. Nada quiere de amores platónicos, sólo besos contantes y sonantes.

No puede olvidar que cuando ella estaba a punto de desnudarse, él decía: ¡ojos a la obra! Ni tampoco sus senos embarazados de llamadas al tacto, sus piernas que hacen del celibato un manicomio o sus caderas que se mueven ya en la cuna del niño que podrían concebir.

Al arroparle, entonces, la pasión, recuerda la vez primera: su amor a primera boca.

EL RELOJ DEL CELO

Cada sentido acarrea su cuota de placer hacia la orgía. Cada sentido busca su propio climax. La bacanal es la hora — dada por un cucú degenerado — en que se abren las puertas de todas las jaulas. Los cinco sentidos embriagados se suben a la azotea del mareo.

El placer tiene de pronto el don de ubicuidad. En el ambiente: globos que retienen la respiración hasta volverse rojos. La rueda de confetti y su segundo circular eterno. Efímeras galaxias de Bengala. Serpentinatas que cruzan por el aire como lianas del jardín en cuatro patas de la selva.

Cada hombre pone sus cinco sentidos en tocar a la mujer más próxima. Cómo seguir siendo monógamo si se tienen cinco sentidos.

FRUTOS DE AGRIDULZURA

1

En el odisiato

Cada quien respira su escorpión en la atmósfera.

2

Sin pelos en la pluma

El que no suelta lo que piensa
se queda chupando
el sabor iracundo de lo amargo.

3

Misantropía

A veces procuro que se me vean
mis puños de pocos amigos.

4

Yo, este terrorista

El peligro vendrá
cuando le halle el gatillo
a esta mentada de madre.

5

Doctor Honoris Causa en las ponzoñas

Por odiación espontánea
llega un puñal a mi mano.

6

Romanticismo

Ante la posibilidad de perderte
tengo la carne en un hilo.

Amor, qué bien puestos se hallan
mis pies en el aire.

Mas te encuentras condenado a muerte:
Tienes los besos contados.

Me surgió sin embargo
un amor a última vista.

7

Si llegas a alterarte. .. , yo dispongo
del becuadro de un beso.

8

Incertidumbre

Es que es un alma de dos filos.

9

Pornografía

No se me fue una sola de tus células.

10

Por favor

No te pongas ya tus moños de castidad.

11

Imprevisión

No esperé nunca
el golpe bajo de esa mirada.

12

Al verme tan frágil, sabes
que si yo me recibiera
en mis estudios, sería

de Licenciado Vidriera.

13

Puntos suspensivos

El peligro de naufragio
sobreviene en alta lágrima.

Y me quedo perplejo
sin una decisión pavimentada.

Mejor, reconciliémonos.
Borrón y boca nueva.

NO ES POSIBLE ENTRAR DOS VECES EN EL MISMO RIO

No es posible derramar dos veces el mismo lloro.
Los ojos peregrinan, con el tiempo bajo el brazo,
hasta ser un asilo de dos niñas
ancianas.

Centellean su eterna distinción con el pretérito,
tomándole instantáneas a la nada
cada vez que al pestañear nos dejan ver
añicos de la muerte.

Eternamente nuevas, las lágrimas
redondean segundos
para hacer una clepsidra de aflicciones.
Hasta es factible a veces
oír el delicado tic tac del parpadeo.

Imposible vivir dos veces en la misma carne.
Y esto lo sabe bien el que, aunque no es un anciano,
sí es un hombre de cierta edad,
entrado ya en nostalgias.
Y también el que carga la inscripción en cada palma
de tan prolongada línea de la vida
que desborda la mano y se le enmaraña
en todas las arrugas.

Las manos habitadas empiezan a inquietarse
y su tranquilidad se les llena de hormigas.
El viejo sólo empuña firmemente,
como un pez apresado,
un temblor incesante
que resulta incapaz de sacudirse

la pátina numérica del tiempo.

No es posible besar dos veces la misma boca:
hasta Penélope,
que tejía su fidelidad todas las noches,
que, al sustraer su cuerpo en mil maneras
al tacto pretendiente,
recorría asimismo su odisea,
y obtenía en su lecho,
abrazada a la ausencia de su esposo,
el orgasmo espiritual de cumplir con la palabra empeñada,
le entregó a Ulises,
cuando éste pudo tornar al fin
a la Itaca más íntima de la boca conyugal,
diferentes labios, sonrisas extranjeras,
senos acuñados en distintos moldes,
piernas que envejecieron no sólo en las rodillas.

No podemos cantar dos veces la misma copla.
Ni el disco se nos raya en algún punto,
como una idea fija de sonidos,
para trazar en él
el signo circular
de lo perpetuo.
No es posible cantar la misma copla.

No es posible acariciar dos veces los mismos pechos.
Ni acurrucamos en sus círculos
pensando que nuestra eternidad
tiene pezones.
Si se exigiera hacer su biografía,
desde el punto en que les ponen las manos del deseo

sus corpiños de tacto,
cuando hay alguien que sufre
dos senos de temperatura,
al día en que la leche se les curva
y ponen en la encía de su niño
la dentición licuada de lo blanco,
tendría que decirse:
cuando niña,
a la mujer se le diluyen
en la indistinción de sexos de su tórax;
adolescente,
salen en busca del tacto
y abandonan
la unidad de su pecho de pequeña
a favor del dualismo que adivina
que las caricias se hacen a dos manos.
Cuando anciana, advendrá
un deshielo de senos
como alforjas despojadas ya de todos los años por venir.
Y eso nos hace ver
que no es posible acariciar dos veces idéntico placer
si sabemos
que el tiempo está palpando la epidermis,
esculpiendo su vejez a fuerza de caricias.

No podemos jugar dos veces al mismo juego.
Yo no pude lograrlo
al jugar, cuando niño, al escondite,
juego en que me escondía hasta perderme.
Ni pude conseguirlo
con aquella peonza que giraba en la palma de mi mano
como una paloma en torbellino

que picoteaba ahí su equilibrio.
Ni lo alcancé tampoco
cuando, en el ajedrez, que se rodea
de una atmósfera que huele a pensamiento,
advierto que de pronto
soy un alfil más inteligente que tú,
tiendo republicanas trampas a tu reina
en el tablero de batalla,
y salgo triunfante en una lucha
en que la meditación
fue mi pólvora.

El hombre que frente al reloj
recuerda su trayecto,
se lanza la memoria a las espaldas,
se desanda a sí mismo hasta que advierte
la raíz
de esa flor de tic tac que es el presente,
sabe que no podemos entrar dos veces en el mismo río.
Nuevas aguas ahogan las pasadas,
del pretérito oleaje ya no queda
sino un débil recuerdo, en vías de esfumarse,
prendido como náufrago a la astilla
que perdura del barco sumergido.
Dos veces no podemos.
No existe una sola ancla, con su puñado de tierra firme,
frente al fluir del tiempo
y las cuentas de no acabar de su rosario.
Y en el caso de haberla
no sería dos veces la misma ancla,
pues el reloj desborda
sólo momentos irrepetibles

que dejan la grabación efímera en el viento
de sus huellas digitales.

No es posible entrar dos veces en el río
porque, con sólo mojarse,
mi cuerpo es unos segundos
más viejo que antes era,
y siento que, fugaz,
la espuma a mi cabello lo deja encanecido.

Dos veces no es posible entrar al agua
aunque el reloj, mojado, se nos pare
fingiendo una escultura de lo eterno.

Ni es posible tampoco
porque cuando después
el baño se abandona,
la arrugada vejez que hay en las yemas
muestra que hemos sumergido las manos en el tiempo.

No es posible leer dos veces al mismo Heráclito.

EL ANTIGUO RELATO DEL PRINCIPIO
(1975)

LA PIEL DEL CIRCULO

A Ernesto Mejía Sánchez

Al centro de la cuerda, el minuterero,
los instantes futuros, los horarios,
emprende el relojero
los golpes y los actos necesarios
para ensamblar al fin la biografía
de los hombres. Partero de esa cría,
oh célula de Cronos, numerada
para decir la nada,
la ayuda a bien nacer y a que no pierda
la atmósfera redonda de la cuerda.
Mas el tiempo no nace, ni ha nacido
nunca desde un reloj, que no es un nido
del cucú original de lo que existe
y toma lo que cambia por alpiste.
El reloj más bien se halla
en el tiempo. Saturno lo devora
como otro de sus hijos, y él estalla
tras de vivir, y calla
porque sabe que ha dado el tiempo la hora
de que deje él de darla desde ahora.

El hombre, constructor de la manera
de medir su existencia pasajera,
el que en el delicado mecanismo
del cronómetro insufla su aritmético aliento
en el tiempo asimismo tiene asiento.
En verdad en el óvulo, que ha sido
fecundado,

consérvase la estela
del pasado:
los ojos de la abuela,
un rincón descreído
del cerebro entusiasta de la tía,
la poesía
del padre, del abuelo, cuando es el apellido
la alcándara común de su armonía.
El óvulo es simiente
que anuncia ya en su seno ciertamente
la flor de una sonrisa; es cromosoma
donde el lunar que asoma
es ya la noche entera
que estará en lo futuro prisionera
del cerebro que se halla interrogando
por el qué, por el cuándo,
por el dónde,
como a toda neurona corresponde.
Nace entonces el vástago, persona
a quien pudo auxiliar la comadrona
de nueve meses íntegros; y a gatas
empieza ya sus largas caminatas
como cabalgadura
de toda travesura.
Tras de que, torpe, dice el primer diente,
llegan las restricciones,
negaciones de rostro, negaciones
que acaban por hacerse moretones,
el sistema jurídico incipiente
que sufre el pequeñuelo:
de jalones
de pelo

y alguna nalgarada que le deja
la histeria de una vieja.

Poco después el sexo se despierta:
tímido en su comienzo, abre la puerta
a un mundo sensorial que desconoce:
y en primera persona busca el goce
de la soñada amiga
que tiene más a mano...
hasta recolectar, con la fatiga,
un puñado de luz adolescente
mordiéndole al manzano
su aroma únicamente.

Después, cuando la audacia lo reclama,
pulsando la estrategia de la cama,
sus tácticas perfila:
ojos en que el deseo se pupila;
manos en las que el tacto es dictadura,
mandato, mano dura
que esboza la caricia,
el sésamo de piel a la delicia.

Y están en el espasmo
anudados del cuerpo hasta el orgasmo.

Después vendrá el instante,
en que a su mano diga:
¿por qué frente a la ausencia de la amiga
luces esa memoria de elefante?

Blande el adolescente los venablos
que llevan el deseo como punta,

y atenta contra el himen de vocablos
como pena, rubor o resistencia,
vocablos que conjunta
la voz de esa muchacha a la que arrojó
una niña del ojo
que se me hace lesbiana
al verla tan graciosa y tan lozana.
Tiende el hombre después en su existencia
varias trampas de cutis excitado
al posible embeleso.
No ignora que la sola diferencia
entre el coito y el beso lo es de grado,
o mejor, si se quiere: del buen grado
con que la complacencia
es infarto sexual de la prudencia.
Sabe que su derrota está a la vista
cuando aquella muchacha que madura
en la audacia y la piel, con el refuerzo
de pezones en ristre, lo conquista
fácil, abiertamente, sin esfuerzo,
con la mano en la mórbida cintura.
Y lo sabe también cuando ella ahueca
el ala de querube hacia el pecado,
dejando de jugar a la muñeca,
con su cuerpo de niña hoy transformado,
que obliga, con la lógica formal,
a hacer de la potencia, acto sexual.

Tras de sentir tamaña pasión en todo poro
de su cuerpo — panal que, a cada roce,
se cubre con el oro de su goce —
nueve meses le crecen en la entraña.

El surco maternal abre su herida
hasta que pisa vida
el vástago terrígeno
al sentir las nalgadas del oxígeno.
Y entonces el chillido
no es sino un yo en voz alta que ha nacido.
La leche, bifurcada en el cariño,
conduce de la mano al nuevo niño
en sus primeros pasos. Y hacia el fin se proyecta
la vida por la recta
final de las arrugas. Y el tormento
de presumir ya junto
de nuestro ser el punto
-del último momento
que aunque se va acercando se diría
siempre en la lejanía.
Al venirse los años,
la muerte nos festeja los cumpleaños:
en el pastel las velas son avance
del cuarteto de cirios que en el trance
toca la marcha fúnebre, la danza
ritual de la mudanza.
Cuando el hombre fallece
un lobo en una peña se aparece
y al centro de los lazos amarillos
que bajan de un azul sin nubarrones
se queda con jirones
de luna en los colmillos.
También el animal se halla en la onda
del tiempo. También ronda,
cronocéntricamente, a lo mudable,
aunque no piense ni hable.

Sarnosos, en la herida,
ponen la cicatriz de una mordida
sin cesar renovable,
esos perros enjutos
que se pasan royendo de por vida
su hueso de minutos.

Carabela zoológica que llega
a buen oasis siempre que navega
con céfiro interior en mar abierto,
al camello, que va de puerto a puerto
llevando lomo arriba el heroísmo,
se le va su ser mismo
en la arena de tiempo del desierto.
Hasta ser él también un espejismo.
En menos de su canto, muere el gallo ...
mientras lleva el caballo encaramada
en su espalda la nada.
La longeva salud del elefante
se ve en un santiamén llena de oprobio
por las feroces fauces del microbio
de su postrero instante.
La bestia que agoniza en su camastro
sabe que su final está en el rastro
universal del tiempo que degüella
la bestia acompañada de su huella.
Más allá de la bestia están la ola,
el sol, la luna, el viento,
posturas diferentes del mismo movimiento.
Hasta el áspid que muérdese la cola
cambia también de piel porque el reposo
es tan sólo un intento pretencioso

de desterrar el cambio en el relato
de mi ciencia ficción de literato.

EL DINOSAURO NOSTÁLGICO

El violín
salió de una cajetilla de fósforos,
era un violin más pequeño que una nota musical.
Pero una vez que apareció
y abandonó su vientre cuadriforme,
una vez que sintió un mínimo arco sobre él,
empezó su crecimiento hasta llegar al tamaño
de un violín adolescente, normal,
al tamaño de las piezas y conciertos
que caben cómodamente en los oídos.
Pero no dejó de crecer,
siguió haciéndolo
y era ya un violín del tamaño de la viola,
del violoncello,
del contrabajo,
y, rompiendo los límites,
adquirió el perfil de lo francamente monstruoso:
para tocarlo, arco en mano,
había que recorrer la sala de conciertos
de un extremo a otro con toda velocidad;
era un violin elefante,
un mastodonte de cuerdas,
un dinosaurio nostálgico.
Pero nada puede crecer ilimitadamente.
Empezó a decrecer,

a sentir los llamados de la nada.
Llegó a su tamaño normal.
Siguió empequeñeciendo hasta que fue tan diminuto
que se le pudo guardar
en su cajetilla de fósforos.

PARABOLA DEL MANICOMIO

Con la bolsa cargada de orejas,
abandonó el pueblo.
Lo abandonó a las dos y media de la madrugada.
Cuando aún no había despertado en el interior del gallo
el cucú que lo incita a cantar.
La policía lo buscaba por todas partes
y él tuvo que protegerse con el manto nocturno.
Pero la bolsa estaba agujereada
y fue regando las orejas humanas por todo el camino. . .
A las once de la mañana,
sintió que lo seguía una turbamulta
y hasta logró escuchar:
"agarren al ladrón de orejas".
Apresuró el paso.
Y fue cuando sintió la presencia de los perros.
Venían tras él devorando las orejas
caídas en el camino.
Cuando los sintió demasiado cerca,
presa del terror,
les arrojó la bolsa de orejas entera
para entretenerlos,
mientras él buscaba un árbol
en el cual esconderse de sus persecutores.
Y fue el festín de la jauría.
Al final sólo quedaron dos perros
peleándose por una oreja
a dentelladas.
Después, la soledad.
Bajó del árbol. Entró a otra población.
Compró una bolsa.

Y tuvo que salir por la noche
mientras iban regando el camino
las afiladas lenguas de los pobladores.
Nadie pudo decir entonces:
"agarren al ladrón de lenguas".

AÑO PRIMERO, DEL UNIVERSO SIN MAR

A escondidas

me llevé el mar a mi departamento.

El robo del siglo

fue a las tres de la madrugada

cuando un sapo moría por haber ingerido
un mendrugo de pan envenenado.

Los vecinos

me tocaban la puerta todo el día
quejándose

del ruido.

Los poetas se tronaban los dedos,
como un corazón con un solo latido,

angustiados,

los pobres,

de vivir la sequía del mejor de sus temas.

Todos los periódicos del mundo dieron la noticia.

Se ofrecieron las más ricas recompensas
a quien informara del paradero del océano.

Pero nada.

En las costas tan sólo había quedado
la inútil insistencia de alguna que otra
caracola.

Se pudrieron los peces,
se pusieron su trajecito de asco,
el hipocampo galopó a su nada,
el pulpo fue a dejar junto a la piedra
su hato de ropa sucia.

Las ballenas anclaron en su propio esqueleto.
 Los tesoros hallados en el fondo del mar
 eran hermosos

– el fondo del mar mismo,
 y el cofre de pirata que tenía
 el mapa para hallar precisamente
 el mar raptado.

Pero no compensaban la pérdida.

Y eso era grave.

¿Cómo es posible – decía un capitán
 fumando y dando golpes de recuerdo al humo –
 que el mar se haya perdido?

Y mi rapto ¡qué boicot a la vida cotidiana,
 a la normalidad,
 a la pesca,
 a la poesía!

El mar no huyó por sí.

El mar – todos lo saben – carece de conciencia.

Analfabeto, ignora la o por lo cuadrado
 y es un ojo de vampiro a la izquierda.

Sabe decir sirenas y en las sirenas cantos.

Pero a nadie
 se le ocurriría que el mar
 tomara un día la decisión de alejarse
 de su sitio
 y perderse por estas tierras de Dios.

A nadie se le ocurriría.

Alguien, entonces, vino
 y a escondidas se llevó
 el mar a su departamento.

ECCE HOMO

A Eugenio Chávez

Recuerdo,
cuando era un gamo,
que me subía a uno de los convoyes de la luz
y en menos que canta un rayo
llegaba yo a mi meta,
porque,
amiga mía,
a que te gamo corriendo...

Pero también,
cuando siendo una tortuga,
me dejaron patas arriba,
moviéndome sin avanzar un ápice por la pista
[inconsistente
de los cielos,
como la piedra que
vive la inopia de no tener eternamente más que una sola
huella.

Fui un cocodrilo.
Nací siendo la llorosa astilla, el pocodrilo, del tronco
peligroso de mi madre. Ella,
al verme, lloró de alegría,
sinceramente,
tuvo lágrimas humanas en sus ojos.

Yo era un niño limpio,
no un chiquillo piojodido.
Mi madre me cuidaba,

y no hay nada mejor que el que la madre nos dé canguridad.

Yo nací, como el león, para el combate,
y cuando toro se me viene encima,
muestro mis fauces,
doctoradas en la mejor academia militar,
y la musculatura de un valor a toda prueba.

Ardillo en ansias a veces de saltar
a las ramas de tus brazos.
No soy en el amor ni una pantera, ni un tigre,
y además
ni siquiera un bufálico;
pero te jilgueramo con piernura
y ojalá que le cabras la puerta de tu amor
a mi macho albedrío.

A veces siento que todo lo ignoro y nada chimpancé.
Otras, cuando se me dice:
"Elefántese, no esté acostado",
me yergo y camino por la orilla del río
hasta sentir que hay lagarto peligro en esta playa,
gállome mal y como galgo me quieres decir,
te grito: "espérrame, por favor"
y voy moviendo la cola de mi alegría
a tomar mi sitio en la fidelidad.

He sido mono también:
el que cuelga su harapo de pereza de la rama,
el que toma el viaje redondo de una liana
o el que se sienta en una silla roja recién pintada.
Soy el gorila que sufre su cuerpo convertido

en pulgatorio
y está gravemente infierno.

En ocasiones soy una anaconda gruesa, maestro.
También un ave de presa
que se lanza al consabido robo.
Soy el perro feliz,
el sahueso,
de haber hallado su comida.
Y no pocas veces el águila que,
en su cuello,
se ha dado un duchazo de plumas,
y que,
sin calzar otra cosa que su astucia,
mira, como el ojince,
las cosas hondamente
torciéndoles el brazo para que revelen sus secretos.
Y a veces soy la avispa,
aquella que,
cuando se halla a punto de agredir al enemigo,
se torna su peligro,
su avíspera, su aéreo
piquete de agujorro . . .

Yo fui, yo fui, fui yo los animales.
Fui lo mismo un gruñigre
que una serpiente venenosa,
lo mismo una pequeña cochinilla
— balinilla en mi rifle de metáforas —
que el lóbrego murtiélago
que pizca telarañas en el aire.
Mas un día le declaré la guerra a los rugidos,

me sacudí los vellos,
con lija me limpié todo gusano,
hasta ser este Adán que está a la espera
de que alguien le sustraiga la costilla.

HORMIGA Y APARTE

En *El Origen de las Especies* de Charles Darwin,
London, 1859, p. 374, podemos leer este pasaje:

las hormigas,
marchando en fila india,
recuperan los puntos
que conforman una línea.
Una hormiga roja,
abandona, de repente, la fila,
su instinto,
la ley natural.

Y al hallarse sola,
descubre las paredes y ventanas del yo.
¿Qué soy? se pregunta,
y en el lenguaje nervioso de las hormigas rojas
dice: soy un yo.

Yo, entonces, se acerca a una laguna
para contemplar la cara
de alguien que es, al fin,
consciente de sí misma.

Una hormiga negra,
negra como la lágrima de un ciego,
pequeña,
emperifollada con el moño de su sexo,
abandona también su fila,
el trocito de ciencia en que vivía,
se dirige al mismo estanque
y descubre en la mirada de Yo su nombre.
Se llama *Tú*.

Tú y Yo,
tomados de la mano,
se empiezan a dar obsequios:
briznas, raíces, letras,
el ensayo fugaz de una sonrisa
y hasta sienten el deseo
de darse enteramente
demoliendo los muros que protegen
a los pronombres.
Abajo de una hoja seca
hallan su primer beso
y el principio de identidad.. .

Y en eso están, así, cuando de pronto
llega el oso hormiguero
y el idilio, carajo, se devora.

LA ALTERNATIVA

Tan sencillo como esto:
vivir indignamente entre algodones
(que llegan al oído
para tapiar al yo, para dejarlo
sin nexos con el mundo),
con la cuota de besos de la madre,
los hijos y la esposa,
con los pulmones llenos del incienso
de la gloria oficial,
o vivir dignamente en la tortura,
en la persecución, en la zozobra,
con la tinta azul cólera en la pluma.
Tan sencillo como esto:
ser Martín Luis Guzmán o ser Revueltas.

PREHISTORIA DEL PUÑO

En un tiempo yo fui, lo que podría
llamarse una persona
decente.
Buena educación.
Eructos clandestinos.
Modales aprendidos con metrónomo.
Y un cajón rebosante de dieces en conducta.

Pero un día,
ante los golpes de culata,
las ráfagas de párpados vencidos,
el furor lacrimógeno,
me nació un inesperado
"hijos de puta".

Se trataba de mi primer arma,
de un odio que a dos pies
cargaba la sorpresa de su propio nacimiento.
A partir de entonces,
dentro de mi gramática iracunda,
dentro del diccionario en que mi cólera
se encontraba en un orden alfabético,
disparaba palabras corrosivas,
malignas expresiones que eran áspides
con la letra final emponzoñada.

Pero yo me encontraba insatisfecho.
Ningún hijo de puta
corría hacia su casa, ante mi grito,
para zurcir el sexo de su madre.

Mis alaridos eran inocentes,
inofensivos eran
como besos que Judas ofreciese
tan sólo a sus amantes.

Ante eso,
pasé de un insatisfecho "cabrones"
— pólvora humedecida por mi propia saliva —
a una pequeña piedra,
el pedestal perfecto de mi furia,
la lápida mortuoria que encerraba
la pretensión guerrera de mi lengua.

Y ahora, en la guerrilla,
mientras limpio mi rifle,
recuerdo cuando yo era, camaradas,
lo que podría llamarse una persona
decente.

LA CLASE OBRERA VA AL PARAISO

Una vez me enamoré de una trotskista.
Me gustaba estar con ella
porque me hablaba de Marx,
de Engels, de Lenin
y, desde luego, de Leon Davidovich.
Pero, más que nada,
porque estaba en verdad como quería.
Tenía las piernas más hermosas de todo el
movimiento comunista mexicano.
Sus senos me invitaban
a mantener con ellos actitudes
fraccionales.
Las caderas, que eran pequeñas, redondas,
trazadas por no sé qué geometría lujuriosa,
lucían ese movimiento binario
que forma cataclismos en las calles populosas.
Un día, cuando
me platicaba que:
"Lenin había visto con lucidez
que la época de los dos poderes llegaba a su fin",
yo le tomé la mano;
ella continuó:
"pero el problema básico
era la concientización de los soviets".
Yo no despegaba los ojos de sus senos.
Un botón de audacia — meditaba —
y me vuelvo un hombre rico.
Y ella proseguía:
"había que reforzar el papel de la
vanguardia".

No me pude contener
y la estreché a mi cuerpo,
con la boca de cada poro mío
buscando otros iguales en su carne.
Y ella: "Lenin había previsto que" .. .
Y yo atacé el botón de su camisa
y me puse a jugar con la blancura.
Y mi trotskista, con la voz excitada:
"los mencheviques estaban
en minoría ya en los consejos".
Y yo, con decisión,
le fui subiendo poco a poco la falda,
como quien deja de hablarle de usted a un ángel.
Se hizo un silencio.
Un silencio para disfrutar
del pequeño burgués abrazo que abre
la toma del poder por el orgasmo.

EN PIE DE LUCHA

Eduardo, Guillermo, Jaime
¿recuerdan cuando fuimos terroristas
y armábamos el delicado mecanismo
de explosivas mentadas de madre
para ponerlas en lugares claves
del sistema?

¿Recuerdan cuando, con Pepe,
con la boca cosida por el mismo propósito,
levantamos una barricada de hambre?
¿Recuerdan nuestra fiebre clandestina,
el salir a una junta
poniéndonos el traje, la bufanda y el seudónimo?
¿Recuerdan nuestros puños
— opuestos siempre al asco —
discutiendo por las noches
hasta el advenimiento del nuevo día,
hasta que los arroces de la penumbra
eran picoteados por los gallos?
¿Han olvidado acaso las reuniones,
las órdenes del día
en que el sueño era el Presidente de debates?

Se dice que tan sólo
la sangre juvenil es subversiva,
o que la adolescencia,
con su chorro de tiempo tan exiguo,
no moja aún la pólvora
del furor; pero dícese que ello es transitorio,
que ha de venir el día

en que sienten cabeza las neuronas
impulsivas;
se dice que la edad,
con su telaraña de canas,
toma preso y devora
el tábano rebelde de otro tiempo.
Se habla de ingenuidad,
de muchachos utópicos y anémicos
que formaban brigadas o círculos o células
de glóbulos blancos.
Se habla de castillos
formados con la arena de fantasmas
que a la incredulidad se desmoronan.
Se cita
la escasez lamentable de mazmorras
que hay en los manicomios.

Pero Eduardo y Guillermo.
Pero Jaime.
No quiero,
no, no quiero la cordura.
En vísperas de ser por las arrugas
invadido,
no quiero, mis amigos, encontrarme
con los pies muy bien puestos en la tierra
de la lógica.
Sueño, mis camaradas,
que hasta el último instante,
mi voluntad aún halle la forma
(contra mí, mis arrugas, mi cansancio)
de levantarse en armas.

EPIGRAMARIO

1

Ayer, amada mía, pecho adentro
te enterré en la rotonda
de mis sueños ilustres.

2

Hoy me desperté
crudo, mujeroso.

3

No digas nunca
de esta mujer no beberé.

4

¿Recordarte
cuando me dejaste
tan mal sabor de alma?

5

La poesía sucia
se lava en casa.

6

A una alumna,
llamada Alicia,
la llamo yo,
al verla tan hermosa, tan deseable,
Alicia en el país de sus propias maravillas.

7

En el castillo, amada, levantado
por los dos, tengo miedo
del triángulo que formamos
nosotros y el fantasma.

8

En esta América nuestra, poetas,
hay que hacer
hasta canciones de cuna de protesta.

9

Mujer: todo salió a pedir de tacto.
Mas desde hoy nos veremos
sólo de vez en boca.

10

Sin volver la mirada, te fuiste lentamente,
enfermando de cáncer el espacio.
De reojo logré verte por último
escupiendo las letras de mi nombre.

MANOS, MIS POBRES MANOS

A Eduardo Casar

Estas manos
nunca han hecho una mesa
ni suman, teleguiadas por la mente,
a las cosas del mundo nuevas cosas,
nunca han recostado al roble en su forma de lecho
ni han desgajado la astilla en que repose,
soñoliento, mi párpado;
dan de sí, diariamente,
sus ademanes lentos, sin sentido,
ah, de manezuelas torpes,
acechando algún seno
para dormir la siesta,
porque nunca han construido un puente,
un alero, una escoba
o el trazo que con paz hace lo eterno,
ni, en calle sidas, un semáforo, una ciudad, un sueño.
Nunca han puesto a las flores
a rugir de belleza,
ni le han hallado al trigo,
que pudiera acudir al pandemonium de los hornos,
sus estados de ánimo comestibles.

Al verlas, sin encargo,
dormidas sobre el pupitre,
siento que ellas se ponen a soñar en mi cerebro:
sueño que ellas se sueñan agrietadas,
sueño que ellas se sueñan evadiéndose
del libro o la epidermis
— en que pastan, tranquilas, la delicia —

hasta encontrarse,
con los dedos a la obra,
junto a aquellas, las otras, las de afuera,
que se encuentran al pie de su escultura
pasándole y pasándole ademanes,
junto a aquellas que son pequeños dioses
que se miran cada uno
destilando su cuota de criaturas.
Sueño que ellas se sueñan
soltando en los adobes
los pájaros que duermen en su entraña
hasta hacer rascacielos,
torres, cúpulas.
Y sueño que se sueñan ya rebeldes,
en cólera izadas,
empedrando de puños la avenida
central de la iracundia.

De pronto la derecha,
la que goza de buena educación,
la que sabe leer y escribir,
en fin, la diestra,
despierta de su sueño laborioso y se convierte
en llama, no sal, de mis angustias,
torna a sus ademanes de molusco,
en concha domeñado,
se recuesta en el ocio,
y piensa la epidermis del marasmo
hecha de terciopelo, de la piel
que a veces y a escondidas se hace mano
para saber en sí de su caricia.

Pero la izquierda sigue en sus andanzas,
soñando que trabaja y que madruga
para ayudarle al sol a hacer la aurora.
Va de **un** lado para otro
resanando las partes del espacio
que están deterioradas.
Y cita a cada uno de sus dedos
a la asamblea de un puño.
Una lucha con la otra.
Contendientes de afilada furia.
Con, oh Dios, la pasión entre las uñas.
Es lucha cuerpo a cuerpo,
mano a mano.
Me encuentro en pie de puños.
He llegado a las manos, pues, conmigo.
Mi izquierda y mi derecha
luchan a dentelladas,
a furor partido.
Pelea de espolones en que alguno
ha de cantar victoria
abriendo el nuevo día.

Es una lucha a muerte, a muerte, a muerte.

Yo soy el botín de guerra.

LOS TRABAJOS DE HERCULES

Hijo de Júpiter y Alcmena, Hércules nació de los amores que tuvo un día lo eterno con el tiempo.

Júpiter acarició, en el pecho de Alcmena, dos relojes, y Hércules fue amamantado por una clepsidra de leche.

Estaba Hércules aún en la cuna —empeñado en el primero de sus trabajos: existir— cuando Juno, su enemiga, le envió dos serpientes para que le matasen. Al principio, el niño tebano tomó los cascabeles de las serpientes como una de sus sonajas, una de esas alcancías en que los mayores coleccionan ruido.

Pero al descubrir en uno de los áspides una mirada inyectada de veneno, al comprobar que la línea más corta entre el peligro y su cuerpo era una serpiente, con torpeza, porque su mano daba apenas los primeros ademanes, arrojó hacia los cuellos de sus invasoras una jauría de huellas digitales, hasta hacer de las víboras dos lianas, una frente a la otra, dos rieles en que por fin hizo que se descarrilara la amenaza.

Ante la bestíada, deben alzar cabeza músculos racionales. Cuando se afirma el hombre, los animales tienen que inclinar la cerviz ante su fuerza: hasta los monos poseen, frente a él, neuronas hincadas de rodillas.

No basta, no, cargar en nuestro fardo silogismos. O fumar cigarrillos de dialéctica. U organizar guerrillas de argumentos. O ser doctor en citas y poner a nuestra propia lengua entre comillas.

Se precisa también alzar en brazos la blindada energía del vigor, que se materializa en esas grietas (que a toda fortaleza debilitan) por donde se derrama, avergonzada, la derrota.

Hércules, hijo de un dios y una mortal, lucía entre sus tejidos una que otra célula eterna. En su cabeza no sólo había huesos efímeros, temporales izquierdos o derechos; también

aquellos, frontales, que encaraban lo eterno. Como hijo de un dios y una mortal, Heracles era un héroe. Y en todos sus trabajos, safari de demonios, encontró la justicia el brazo armado, armado de poder y de esperanza.

Oigamos, pues, la historia del tebano. Acérquense mis hijos, ven mi amada. Rodeen, bien atentos, a mi pluma.

EL QUINTUPLE BALAR DE MIS SENTIDOS
[O EL MONSTRUO Y OTRAS MARIPOSAS]
(1976)

I

Acecha, merodea, da zarpazos
que en mi cara le enmiendan a mis padres
la plana, transformando mis facciones
en letras del vocablo con que aúlla
el rictus doloroso en el semblante.
Propulsa hacia mi entraña los microbios
que cargan en sus hombros invisibles
mis dolencias. Me veja
con ropaje de heridas y botones
de pus y tras dejar condecorado
con úlceras mi pecho se retira
a las diez antesalas de sus uñas.
Otras veces alondra hacia mi rostro
su estructura de plumas y me traza
la geometría efímera, de seda,
de una caricia leve (con un tacto
de angora producido por la buena
lección del terciopelo)
como el que, apasionado, acerca el cutis
a un bella mujer electrizada.

Me toca, y al tocarme, se le vuelven
las huellas digitales mariposas
(pensamientos de Góngora en el aire)
donde se identifican, aleteando,
nuestros estados de ánimo perfectos.

Y aquí estoy, pluma mía,

la pregunta azul negra sobre la hoja:
¿por qué existe esta bestia,
este tubo colmado de cicuta
del áspid que me agrede
cuando pisan mis pies su militancia
reservada en el césped y las rocas?
¿Por qué hace de sus fauces ratonera
a la que va veloz, mínima, oscura,
mi confianza? ¿Por qué se hace libélula
(el colibrí en su fórmula algebraica)
que sin descanso busca el mismo poro
de miel en el espacio?

Dos mundos hay. El uno
se halla a tiro del ojo, está a la mano,
ocurre frente a mí, no carga pliegues
que esconditen asombros y sorpresas,
es un mundo confiable
que dialoga sin fin con mis sentidos.

Pero en el más allá de lo que veo,
hay algo que discurre a mis espaldas
ante el ciego testigo de mi nuca;
es campo que extranjeran los kilómetros,
es otra dimensión que se guarece
en el atrás de todo,
en el mundo intangible, desollado,
que se escapa al asedio sensitivo
y a la conversación con mi epidermis.
En fin: a mil latidos
de miedo a la redonda.
Tras el mundo primero, cunde este otro

fantasmal, que desliza por mi tacto
no la mujer ausente, sino el cuerpo
finísimo de sólo su recuerdo;
si el primero es pequeño, acurrucable
en un diminutivo,
si mide de tamaño dos pupilas,
si cabe en el aquí y en el ahora,
si detecta en el vientre del cronómetro
la toma del poder por el presente,
el otro es infinito, inalcanzable,
se mueve a la distancia, se le avista,
a un disparo del sueño,
en cavernas, islotes, continentes,
en el rompecabezas sin orillas
donde tan sólo falta de amoldarse
la pieza irregular de mi cerebro.

Incomodarme no. Puedo sentirme,
en el visible medio circundante,
feliz o desgraciado, cuando alguno
de mis cinco sentidos se me pone
a gritar, a salirse por alguna
puerta de sus casillas.
Puedo entonces reír, hacer que salten
en mi cuerpo de gozo las entrañas,
vertiendo de un morral todas las bromas
que electrizan los órganos internos,
o darle tinta suelta a mis impulsos
de tenderle a lo eterno alguna trampa,
aunque en mi cacería sólo cobre
como presa un reloj,
una llaga de tiempo.

Pero no incomodarme. No la angustia.
No sentir que mis plantas prensan sólo
el puñado gerundio de un retazo
de tierra semoviente que se forma
mezclando su sustancia con la nube
que tiene sus raíces hechas de aire,
y sentir poco a poco en el mareo
que se me va subiendo a la cabeza
el embriagado polvo oscilatorio
que se extiende a mis pies y que termina
por forjarme un cerebro movedizo.

Si tengo frente a frente otra persona,
si registro que hay sucias
miradas en un ojo, si percibo
que una muchacha agita (como un ave
que busca otros espacios)
las alas de su libro de poemas,
puedo estar fastidiado o iracundo,
puedo hallarme tranquilo,
sudar la más delgada de las gotas,
tener un palomar de donde partan
las mentadas de madre mensajeras
de todo lo que pienso.

Incomodarme no. No incomodarme.

No me embarga la angustia.

No me embarga la angustia ante este mundo
visible e inmediato.

En medio de tal tráfico de cosas,
sucesos y aun sorpresas (que me llevan
a cargar en el pecho la medalla
de una interrogación, no un crucifijo),

sé lo que debo hacer, finco mis plantas,
tras de espantar las moscas de la duda,
por si las dudas piensan confundirme,
en esa tierra firme
de la que se retira la marea
de todo lo inestable,
de todo lo inestable en que se puede,
con la curva emoción de los anzuelos,
y con la carne ausente de carnada,
pescar el estar hecho un mar de lágrimas.
Todo lo que se muestre frente a mí
aunque resulte extraño, sorpresivo,
poniéndome en el pecho los latidos de punta,
se me da llanamente
como algo verdadero y consumado:
aquel hombre que muere ante mis ojos
porque su último instante de existencia
le estalla finalmente a quemarropa,
aparece tan sólo como un dato
al sudeste tal vez de mi pupila.
No puedo desechar — y lo recuerdan
mis pulmones más bien que mi cerebro —
la cuota decreciente de estertores
con que compró la nada, ni, en su rostro,
aquella palidez que era una hoja
en blanco en que volcaba
el triunfo de la tierra su prefacio
o en la que hincó sus fauces
el borrador final y sus minúsculos
surtidores de amnesia.
Pero no me produce la zozobra
que se incubaba cuando algo se genera

a mi espalda, cuando algo se sitúa
en el punto trasero de mis ojos,
cuando a control remoto
se maneja mi angustia
desde el mundo invisible, desde el vientre
o la entraña del monstruo, de la bestia.
Lo he dicho: de la bestia.

Y aquí está mi pregunta, pluma mía,
pregunta en que mis glóbulos de tinta
inquiieren por la fiera.
Hay quien piensa que el monstruo es el destino
(ese ciego que avanza por el valle
cargando en las dos manos dos granadas;
la primera: una fruta,
un panal de rojísimas abejas,
la segunda, si estalla: un cementerio).
Hay quien piensa que el monstruo es la Divina
Providencia que gruñe,
que amenaza,
y sacude a zarpazos nuestros árboles
hasta dar en el suelo los racimos
de las gotas de sangre,
o que nos da la caja (que recubre
el papel celofán de lo imprevisto)
en que viene escondida, de regalo,
nuestra felicidad por un momento,
o que nos vuelca en fin una esperanza
(verde en su realidad)
de caricias que cubren nuestros dedos
de innúmeras sonrisas invisibles.
Pero no es el destino. Ni tampoco

podemos ver en él la Providencia.

Al quemarse su cuerpo no se exaltan,
hallando el combustible
que proyecta las cúpulas a lo alto,
humaredas de incienso.

No es la fatalidad que se descubre
siempre con un "ni modo" a flor de labio.

No es la fatalidad.

Es sólo el monstruo.

Son tan sólo también las mariposas.

Nada de lo que toco, miro, huelo,
me desespera o llena de zozobra
hasta hacer que mis pies calcen un verbo
conjugado en presente transitorio,
y sean compatriotas del efesio,
de aquel que no podía en el principio
de identidad bañarse por dos veces.

El monstruo merodea, da zarpazos,
en torno de mi casa, de mi cuerpo,
de mi vida privada, se tutea
ya con mi soledad. Se halla en mi sala.
Se encuentra en los cajones del ropero.
En mi mesa de noche.
Es mi monstruo también de cabecera.

II

Cuando ayer en los dedos
sentí la tarascada
de tu puerta, viví ya mi cadáver,
y fue como una autopsia estar pensando.
Ocurría que estabas
en tratos, Maricela, con el monstruo.
Entre los dos tramaban la epidemia
de llagas que me embarga todavía.
Habían preparado,
por los cuatro costados, la ruptura,
el irrumpir del aire doloroso
justo entre nuestros cuerpos.

Ella me abandonaba.
Frente a mí lo decía. Cada gota
de saliva era el caldo de cultivo
de gérmenes anímicos, cada uno
cargando, como hormigas, una letra,
de aquellas que formaban la palabra
separación.

Lo nuestro,
el vocablo nosotros
se le desmoronaba allá en los labios.
Se alejaba de mí, y en sus pupilas
podía adivinar ya sus espaldas.
También las purulencias de mi cáncer.
Y ese punto final en que los siglos
de los siglos tendían
sus tiendas de campaña.
En mis bolsas guardé letras leprosas.

En mis cofres las llagas imborrables.
En la carta, en el libro, en los retratos,
mi erudito trabajo
sobre el martirologio que sufrieron
los primeros cristianos.
Brotaron en mi piel manchas de furia.
Mi alarido se oyó en alguna antena
perspicaz de Groenlandia.
Pero no me angustié. Serenamente
me entregué al sufrimiento.
Escogí mi sillón, prendí mi fuego,
tomé un cortapapel, abrí las hojas,
una a una, de todo lo pasado,
y meciéndome en paz,
al vaivén del recuerdo,
miré cómo la sal hincaba el diente
en mi piel desollada.

XXI

Acecha, merodea, da zarpazos,
ataca sorpresiva, brutalmente,
se le convierte en cera la cerilla
que tiene en los oídos y no escucha
a mi humilde saliva arrodillada.

Solamente él existe, ruge, grita,
descompone las cosas
o las ata después con una mecha,
el hilo conductor hacia una nueva
edición del desorden.

Lanza el vómito negro de la noche
en la fiebre amarilla de la aurora.
Es todopoderoso, es omnisciente,
náusea que ha conquistado
el don de ubicuidad.
Se nos convierte en Dios, todo lo ocupa.
Se multiplica en hostias venenosas.
Se encuentra en todas partes, incluyendo
nuestras propias creencias,
sabe que en mi temor está su templo.

Pero luego se esfuma, se retira,
se hace cojo primero (cuando pone
los pies en polvorosa)
y luego se hace un eco, se hace el humo
que es el cuerpo primero de la nada.

Aleluya, la fiera ya no existe.
Podamos del rosal la decadencia.
Las arrugas son cosas del pasado,

renglones en un libro de memorias.
Devenimos eternos. Aleluya.
La muerte es un recuerdo, una leyenda,
un cuento de relojes en el cielo.

XXVIII

Va de pasión en fondo por las calles
alineada la masa. Pasa en ellas
su tráfico iracundo. Cada gente
hace un mínimo cráneo con su mano
para poner en él
su incipiente conciencia proletaria.
Avanza cada frente
con su breve pancarta de coraje.
Aunque en medio del río
pretendo ser la gota que conserva
la conciencia de sí,
me uno al coro de voces que da forma
a ese canto que luce finalmente
borradas las fronteras de los himnos
nacionales. Los gritos y las porras
nos hablan de una isla,
de un territorio libre en la esperanza,
de un descubrir aquí en el Nuevo Mundo
de nuevo el Nuevo Mundo.
En medio de esta turba
donde un furioso verso es cada hilera,
cada grupo una estrofa,
la manifestación una poesía
de Neruda, Hikmet o Maiakovski,
que ha ganado la calle,
me pongo a recordar, y se me viene
a la memoria el tren, el tren de carga
— atestado de espíritu rebelde—
de manifestaciones ferroviarias
que le daban al zócalo el carácter

de estación terminal. Y se me vienen
al recuerdo la masa
de estudiantes, maestros, que soñaban
que una bandera roja,
con audacia alpinista,
sobre la Catedral se enseñoreara.
Y se me viene aquí, justo a la angustia,
la célula con Pepe, con Eduardo,
el breve caracol en el que pude
sintonizar un día
el rumor del Mar Rojo que se acerca.
Y entonces se me viene
todo el sesenta y ocho a la cabeza.
La manifestación hecha en silencio
en que sólo podían descubrirse
los puños en voz alta.
La manifestación que se diría
guardaba ya minutos de silencio
por las futuras víctimas. Recuerdo
Tlatelolco. Recuerdo
mis amigos y alumnos y recuerdo
el permanente mitin de sus tumbas.
Y en medio del recuerdo caigo en cuenta
que quizás a la vuelta de la esquina
puede encontrarse el monstruo,
el monstruo lacrimógeno, la fiesta
de las balas del monstruo. Pobre México,
invadido de Díaz y de Díaz,
presa de hordas de Díaz. Pobre México.
En tu bandera luce
un monstruo devorando una serpiente.

XXXII

Me invade aquí de pronto la migraña
(mi cerebro instalado en el infierno)
como un recordatorio
de que el monstruo se encuentra
detrás del pensamiento.
Hay veces, sin embargo, en que parece
que somos puro espíritu.
Hoy no me hallaba enfermo.
Mi cuerpo no existía.
La bestia, sin embargo, no perdona.
Me llaga las neuronas,
ensarta con un hilo
de pus mis reflexiones.
Y aquí estoy otra vez bajo su yugo,
viendo a mi libertad como una presa
que se encierra por dentro.
El monstruo gusta a veces de brindarme
la salud y la fuerza, el entusiasmo.
Podríase afirmar en ocasiones
que todas las mujeres
se encuentran invitadas a mi cama.
Pero a veces me tiene esclavizado
por una enfermedad,
hace que hasta en mi sábana
las llagas aparezcan.
Se encabronan mis órganos. Y el monstruo
abre de par en par mi purulencia.
Por eso, ya lo sé,
cuando el reloj se cansa de ofrecerme
luz verde en el camino,

la cuota de esperanzas requerida
para que en los zapatos no se forme
la idea del suicidio,
cuando el reloj de arena
ponga al fin su granito en mi derrumbe,
cuando Graciela, Mónica,
y Maricela y Laura,
este hombre, que fue suyo, no sea nada,
mi muerte simplemente ha de ser eso:
un cuerpo que al espíritu devora,
una ley que no quiere interrupciones,
una naturaleza que me incluye,
el oscurecimiento
con que brinda la nada su saludo,
el llorar quedamente del que queda
y un hombre devorado por su monstruo.

EL TERCER ULISES Y OTROS POEMAS

A SOLAS CON MIS OJOS

Cincelado por el mar de la placenta
nace en mi cuerpo el islote
donde habita, Robinson de mi cerebro,
la soledad conquistada
por la carne con sus límites.
En este claustro de arena,
junto a las palmas, jirafas
que mordisquean el cielo,
la playa muerta de brisa,
los cangrejos que casi vuelven uno
su miedo y su orificio,
las caracolas que venden en su puesto
el mar a retacerías,
mi pulmón dio sus primeros
pasos de aire.

Rodeado

por el flujo y el reflujo de la asfixia,
en esta isla de oxígeno, mi llanto,
mi vómito de notas disidentes,
me instaló en la existencia,
y me puse a mover, torpe, las manos
hasta dar, en el juego, con la doble
sorpresa de mis puños.
Aunque de terciopelo,
fue el vientre de mi madre mi primera
colección de paredes.
Mi islote está lamido por las olas,
por las lágrimas de todos

los peces.

La soledad, la isla, mi cuerpo,
todo empezó a subir por la escalera
del tiempo, de los cumpleaños,
de pasteles rellenos de lo efímero,
de relojes que se hallaban
masticando y masticando sus gerundios.

Y ahora me hallo solo, solo y mi alma
se siente acorralada en la vivienda
en que sólo un rincón de telarañas
neurálgicas resulta ser el cuerpo.

Me hallo solo, y qué cosa
peor que darse cuenta
que tan sólo las manos
nos hacen compañía.

Que todos mis sentidos están sintonizados,
con mi antena de tísico,
para oír, en el tráfago de cosas,
una voz, un rechinado de palabras,
la música infinita que incluye cada nota,
alguien que sepa oír,
que tenga las orejas adiestradas
por millares de letras amorosas.

Las manos en la mesa, como cartas,
jugando un solitario de ademanes.
La mirada en los cuatro rincones del reajo.
Los hombros fatigados
de cargar la mochila de su angustia.
La pluma arrodillada ante su tinta.
Y las patas de araña del poema

que atraviesan, veloces, por la página
tras el pequeño insecto de una imagen.
Corriendo a un lado y otro de mi cólera,
desgañito vocales emotivas,
doy forma acicular a alguna letra
y alcanzo un do de entraña.
Araño las paredes de mi grito.
Mas las cosas prosiguen impasibles,
recitando en voz baja la distancia
que guardan con mi espíritu,
y sin abrir un poro, un solo poro
de sorpresa en su epidermis.

Estoy frente a la cama,
los libros, los anteojos, los cajones.
Es inútil hablarles,
encadenar mi lengua a su sordera.
Estúpido pasarles por la nuca
mi mano que sufre hambre de otra mano,
como el fruto escindido
que vive la acidez de su fragmento.

A solas con mis ojos. Conversando
con mi frente, mis labios, mis rodillas.
Hablando por los codos con mis codos.
Recitando a mis uñas
mis poemas más fáciles, aquellos
que escribo con la mano en la cintura
de mi musa. Lanzando, como el canto
de luz de una sirena,
mi faro a los navíos
que no supieron darle su alimento

de puntos cardinales a la brújula.
 A solas con mis párpados.
 Hablándole de usted a mis audacias.
 Alzándole la voz a mi saliva
 conformista. Dictándole epigramas
 a mi tacto. Buscando la manera
 de arrugar la hemicrania y arrojarla
 al cesto de papeles.
 Prohibiéndole al cerebro de la mano
 inventarle fantasma a las caricias
 y dar de cuando en vez algún portazo
 con una puerta falsa.

Ardo en mi soledad. Invito al viento
 a acostarse conmigo.
 Le acaricio a la atmósfera la espalda.
 Le desprendo al ambiente los botones
 de sus prendas más íntimas.
 Hurgo en la almohada senos.
 Corro tras de los labios que se forman
 en los pliegues de lino de mi cama.
 Y entrecruzo, al dormirme,
 mis piernas con las piernas del cansancio.

Termina el año. *Diez, nueve.*
 Se sienten sus estertores. *Ocho, siete.*
 Todos los intersticios del espíritu
 se colman de confetti.
Seis, cinco. Se escucha afónico,
 y a toda saliva, el radio.
Cuatro, tres. El estruendo
 da un salto y se coloca en el peñasco

de su mayor volumen.

Dos, uno. Todos lloran y se estrechan,
cantan, gimen y sus dedos entrechocan
para esculpir una tribu,
un corro fraternal, una colmena
en que, amantes, las manos, poseyéndose,
van pasándose miel unas a otras.
Pero yo me encuentro solo. Prisionero
de las cuatro paredes del oleaje
y su eterna marea de barrotes.

Tiene el ave a sus alas como el preso
a la llave maestra del indulto.
Pero yo estoy aquí torpe, sin alas,
con un ardor de muros en el pecho,
el corazón cuarteado,
soñando en la pomada de tu cutis
y en que un día también la cerradura
será presa de un síncope y perezca
con estertor de llaves.

Hay que desordenar toda mi casa,
hay que cambiar de sitio los rincones.
Permitir que cohabite finalmente
el techo con el piso.
Darle al suelo la mano
para que pueda al fin
salir por la ventana.
Mi objetivo es hacer de cada escombros
un extraño y bellissimo juguete.
Que tomen el poder las cerraduras,
las rendijas, el pórtico, la calle.

Sintiendo el picotazo de la frase
que pugna por salir, volverle el nombre
cotidiano de labios a la jaula,
me lanzo hacia la costa
buscando caracoles,
imitación de orejas.
Sufro un hoyo de hormigas en los dedos.
En cada yema cargo pesadillas.
Siento en toda la carne erecto el tacto.

EL VIENTO ME PERTENECE UN POCO

Jurídicamente hablando,
yo no soy dueño de ninguna de las luciérnagas.
Y aun mi derecho sobre las mariposas resulta discutible.
No tiene sentido
que alguien me pida
(regalado o prestado) un crepúsculo
porque carece de ellos
mi patrimonio familiar.
Se puede creer, sin embargo,
que, en sociedad con mis oídos,
soy al menos propietario de alguna melodía
(las variaciones, digamos, sobre un tema del viento);
pero si una cosa debe afirmarse de mí
es que soy pobre de música,
menesteroso de Bach, harapiento de Mozart.
En mis arcas no existe un solo aroma.
Nunca he guardado en mi caja fuerte
el sabor a vainilla.
Nunca he poseído una alacena
olorosa a compota de durazno
ni mi ropa
ha estado nunca planchada y doblada
por las manos de un jabón
que conduzca majadas de perfume.
Mas llegas tú. Y el viento me pertenece un poco.
Hasta puedo enviar por correo
de regalo
alguna brisa.
Me llevo por algunas horas el mar a mi departamento
de la misma forma en que lo hice en la página 65

del antiguo relato de una de mis pesadillas.
En un tallo de dos o tres rosales
pende una tarjeta con mis señas.
Y he dado instrucciones a las espinas
(los demonios custodios del perfume)
para poner en su sitio a quien olvide
la propiedad ajena.

Mas llegas tú, y la soledad
sale corriendo
hacia las fronteras que tengo con la nada.
El abrazo nocturno nos confunde.
Sólo el gallo,
que enciende una cerilla con su música,
despierta nuevamente nuestros límites.
Mas nos tomamos entonces de la mano
con la intención
de que no deje de haber nunca
litigios fronterizos entre nuestros pronombres.
Me ayudas a armar el rompecabezas de un ángel.
Hallamos agua, sol, edad derruida,
damos con la pasión
que desentume piernas, mueve brazos,
y devora también, oso hormiguero,
la infinidad de puntos agitados
en las extremidades que se duermen
en su inmovilidad de soltería.

Mas después de gozar
el placer sedentario de los besos
y las caricias lentas (las tortugas
afectivas que cruzan por tu vientre)

decidimos partir,
darle cuerda al zapato, correr mundo.
Construir un astillero
y empezar a forjar fetos de naves
que crecen hasta hacerse
audacia de madera,
un sueño con su popa y con su proa.
La aventura que sabe recortarle
las espinas a la rosa de los vientos.

PENELOPE

Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.
No permanece aquí para cuidar la hortaliza.
Para lavar la cara sucia de los pepinos,
peinar a los elotes, plancharle a las lechugas
los puños y los cuellos. No se queda, en la casa,
al frente de la escoba que al moverse reparte
un infarto en cada uno de los granos de polvo.

No teje la calceta de su matar el tiempo.
No le zurce a la ropa sus corrientes de frío.
No se halla en la cocina todo el día incrustada
mirando cómo hierve poco a poco su tedio,
probando a qué le sabe su propia servidumbre
cuando el dedo le pasa su información al gusto,
ordeñándole rayos de sol a las naranjas,
tomando de la mano diferentes sabores
que van, endomingados, a ornamentar la mesa.
No aletea, pelando cebollas y recuerdos,
el pañuelo custodio. No lava los pañales.
No cuelga en un alambre la exposición completa
de todo su fastidio, frustración, amargura,
encarnado en manteles, calcetines, calzones
"y camisas que lloran lentas lágrimas sucias".
No teje una promesa que desteje en la noche
como el flujo y reflujo de un océano de estambre
en que está a la deriva su destino acosado
por la piel pretendiente. No se entierra en la casa.
También sale de viaje. También forja su propia
odisea Penélope. No se queda en la casa.
Se va haciendo camino. Pisa distintas piedras.

Halla flores e insectos que aún no tienen nombre,
que escapan a las fauces de todo diccionario.
Acumula países, aventuras, crepúsculos.
Con su experiencia al hombro va adelante Penélope.
Es cierto que en el viaje, me vive en su conciencia
como yo me la adentro también en el espíritu:
en verdad mi equipaje tiene excedido el peso
por cargar sus caricias, sus ojos, su memoria.
Pero nos separamos. Con un mapa distinto
cada quien en los dedos. En barcos diferentes
que ni una sola gota del mismo mar comparten.
Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.

YO SIGO MI CAMINO

Pongo el motor a calentarse, a meditar camino. Le doy un terrón de azúcar a cada uno de sus caballos de fuerza. Meto primera en mi apetito de espacio. Someto bajo mis pies, a pisotones, la velocidad. El automóvil sale hecho una estampida, generando la feroz cabalgata de paisajes en sentido opuesto. Yo voy al volante. Llevo un haz de caminos en la palma de mi mano. Ríos, montañas, pueblos están dentro del auto. En su atmósfera se hallan las tierras más distantes. Puedo doblar aquí, y escuchar las voces de mi mano derecha. O puedo, aconsejado por mi corazón, girar hacia la izquierda. Tengo la geografía en el bolsillo. No hay un sólo semáforo capaz de detener mi odisea.

Yo soy el maquinista. El que va a la cabeza de la sierpe, el que está alimentando la caldera con pedazos de noche, el que jala el silbato para darse un duchazo de sonidos. Como un torpe pastor que condujera sus corderos a la boca del lobo, soy quien acarrea la humareda hacia el hambriento túnel. Soy el que, sobre tantos y tantos durmientes, va desplegando el sueño de llegar hasta el término del viaje. Yo soy el maquinista, Ulises de overol que está empeñado en un viaje redondo por sí mismo.

La línea más corta entre dos puntos es perderle el temor a la altura y comprarse un boleto de ida y vuelta para viajar en ángel. Soy un piloto con diez mil horas de rascarle los pies a las estrellas. Mis señales de tránsito son las metáforas gongorinas de los signos del Zodiaco. Soy el piloto de una nave que lleva a la prisa como su viajero permanente. Doctorado en nubes, sé del cielo y sus atajos de aire como la quiromanciana conoce la palma de todos sus secretos. Consciente de que mi muerte sería un salirme de mi ruta para entrar a un crepúsculo, me someto puntualmente al itinerario, a la travesía en hexámetros que me fija la homérica epopeya.

Yo sigo mi camino, sin oír el canto de sirenas de las anclas. Amarro los oídos a grandes mástiles de silencio. Soy el timonel, el radar que percibe el hormigueo de mis plantas. Enlazo los caminos y corro a no sé cuántos nudos por hora. Podría pasarme los meses en el océano Pacífico o embarcarme en alguna de mis lágrimas. Podría... Mas voy, con mi jauría de medios, tras mis fines. Itaca es el lugar de donde vengo y es también el lugar al que camino. La odisea, digámoslo, es solamente un círculo (un futuro mordiéndole la cola a su pasado) que parte y que termina, no en el beso y seguido de Nausica o de Circe, sino en ese punto de eternidad en el espacio en que mis labios y los labios de Penélope hacen que sus palabras se desnuden (para hacer el amor) y queden metamorfoseadas en los besos que han prescindido ya de la prenda interior de toda letra.

ELECTROCARDIOGRAMA

*Cómo seguir siendo monógamo
si se tienen cinco sentidos.*

E.G.R.

Amo, sí, los crepúsculos.
 Pero los amo a todos. Sin exclusividades.
 Sin hacerme el tatuaje de uno solo
 a mitad de mi pecho.
 El del jueves, digamos,
 que insolentó violetas en las nubes.
 También el del domingo
 que mezcló los colores con la audacia
 de un Van Gogh que viviese
 en lugar de la tela el cielo entero.
 El de hace una semana, dedicado
 a que en su silla eléctrica de nubes
 fallecieran los restos de la tarde.
 Y el retrasado y lento
 que me asombró hace un año
 —yo que guardo memoria de elefante
 para todo crepúsculo—
 y que, al dejar la sien sobre la almohada,
 me hizo manchar su lienzo con el rojo
 que conservaba yo bajo la frente.

Me apasionan las flores,
 eso sí, sin distingos, preferencias,
 sin ser novio, o esposo, o amante de ninguna,
 ni dueño de ese pétalo invisible
 de la virginidad que alguna esconde.
 La rosa, la amapola, la azucena
 y la flor del laurel (la artillería

pesada de mi huerto)
no me roban el alma, ni saquean
el amor que me nace por las flores
minúsculas: la nube, la violeta,
en fin, el nomeolvides que se encuentra
jalándonos la manga.

Y así como al crepúsculo y las flores,
amo a todas las piedras, a las lágrimas
de una sensible estatua torturada.
El guijarro me place porque mide
el tamaño de un odio y una gula
insaciable de sangre.
Y la roca rebelde porque aguarda
como puño a mitad de la avenida
sumarse a un descontento callejero.

Amo a todas las piedras.
También a los perfumes
que inauguran jardines en el pecho
o toman de las manos al oxígeno
para ir a los pulmones y amueblarlos
fijando en el lugar más conveniente
el anís, el ocote, la vainilla.

Nunca me he enamorado de una nube.
De una sola no más. Aunque podría
soñarse que un cerebro está buscando
siempre su media nube.
Reparto mi pasión entre la cifra
justa de mariposas.
Si colecciono trinos y los hago,

a golpe de paciencia,
encarnar en la rima de mis versos,
no prefiero uno solo
ni lo tengo grabado para oírlo
murmurando sin tregua.
Luzco el número exacto de inquietudes
que van a copular con el conjunto
de peces existente.

Mas tú dices y dices que tan sólo
te ame a ti y a tu boca. Y a tus manos.
Y a tus estados de alma. Y a tu cuerpo.
Que acaricie la piel de tus prejuicios.
Pero cómo, mi amor, puedo quererte
sólo a ti si tú no eres
la única en el mundo. Si mis dedos
—esculpiendo palabras de esperanto—
pueden tomar la forma
de todas las mujeres.

ELIGE

Baja de ahí. ¿No miras
el peligro de dar
un paso en falso?
Baja de ahí. ¿No escuchas
el crujir de la amenaza?
Ya sé: los pájaros, la nube, el vendaval.
Ya sé: las ramas del poema.
Ya sé, ya sé.
Pero baja de ahí.

O acaba de subirte al cielo.

LA KERMESSE DE LOS SENTIDOS

Iba a ser día de fiesta.
No había enrejados
capaces de detener
el echar la casa por la ventana.
Habíanse turnado invitaciones
a los cinco sentidos de cada uno.
Iban a ensayar todas las posturas
del espíritu.
No le costó demasiado trabajo
desabrochar atrás del corpiño
poco a poco el pudor.
Los senos eran tan igualmente excitantes
que su boca no pudo
sino hacerse
del seco pezón de lo indeciso.
Mas en fin
ahí estaban las caderas,
y la mano,
salvando la empedrada ruta
de unos puntos suspensivos ...

Iba a ser día de fiesta.
Pero era solamente
la luna de miel de dos leprosos.

DE DIEZ EN FONDO

Los hombres estaban esperando de un momento a otro la invasión de los árboles.

Al principio no lo querían creer.

"Son imaginaciones del loco del pueblo", decían entre sí.

El sacerdote tuvo que interrumpir el martes su discurso sagrado para calmar los ánimos y lanzar denuestos contra todas las supercherías de último momento.

No obstante, los rumores continuaban.

"A mí me tiró un eucalipto al agua", afirmaba la niña Carmela con los ojos humedecidos todavía por el estanque.

"Fíjate, mamá (decía desde sus cinco años el hijo de doña Lupe), el pino de la casa de enfrente me arroja ramas cada vez que paso a su lado".

El rumor se convirtió en convencimiento cuando apareció descuartizado en la selva el viejo leñador.

El temor creció de punto cuando ya fueron casi todos los que oyeron las canciones guerreras que salían de los oscuros del bosque; cuando las viejas se escondían debajo de la cama, las madres gemían, los niños temblaban, los hombres sentían la fiebre en vez de frente; cuando todos cayeron en cuenta

que los árboles de la jungla,
 los parques y jardines
 cambiaban de lugar,
 habían aprendido a dar los primeros pasos.

La madera atendió al llamado de los árboles.

"Un caso de solidaridad", alguien se dijo.

La primera protesta tuvo lugar en un leño
 que iba a ser inmolado en la chimenea.

Le nacieron fauces

y se defendió a tarascadas
 de la mano que lo llevaba al fuego.

Todos los lápices de la región se inmovilizaron a mitad
 [de la página.

El pájaro carpintero pasó a formar parte del ejército de
 [reserva.

El viernes todas las casas de madera
 amanecieron derruidas.

En verdad, en verdad os digo
 que la madera no podía olvidar
 el día en que fue crucificada
 junto con Cristo.

Al principio del mes fatídico

todo el mundo sintió las manos astilladas.

Ernesto porque estuvo fumando su pipa de cedro.

La abuela Dolores

porque se dedicó a barrer en la mañana.

Clementina, la maestra,

porque usó la regla en la mano

de alguien que no podía retener las voces
 que le salían por el codo.

El alcalde porque golpeó colérico
en la mesa de las negociaciones.
De diez en fondo,
por el norte y el sur,
al este y al oeste,
los árboles se movieron.
No dieron una raíz en falso.
Cuando los hombres empezaron a fabricar sus barricadas,
sus escudos inocentes de tierra,
se diría que estaban ya cavando sus fosas.

Al final,
los árboles, magnánimos,
hicieron una concesión:
consintieron en que una parte de su madera
fuera utilizada para hacer
la larga,
interminable,
infinita
hilera de ataúdes.

PROGRAMA DE VIDA

Nacer profundamente irritado.

Gritar de tal manera
que todos se vuelvan hacia el grito
buscándole su pedestal
de lobo.

Hacer que por los labios entreabiertos
se fugue del pulmón en llamas
la vocal militante.

Ensayar muy pronto los primeros pasos
para aprender a pisotear los insectos
que lanzan pequeñas tarascadas a los talones.

Concebir en la cuna nuestro primer proyecto subversivo.

No dormir en la almohada
(donde anidan los más tibios ademanes maternos)
sino acurrucamos en nuestro propio puño.

Apachurrar las lágrimas
entre el dedo pulgar y el índice.

Hallarse preparado en todo momento
para desenfundar nuestra mejor injuria,
cortar cartucho

y pasear los ojos
por un jardín de pulsos extraviados.

Buscarle la espinilla a los dioses. Poner,
desde pequeños,

a nuestro oído en guardia
contra todo

canto de sirena y variaciones.

Desoír la varita de virtud,
sus tristes erecciones.

Rechazar el noviazgo que nos pone
las primeras esposas en las manos.
Luchar a sangre y sexo.
Escribir un epigrama que genere
cuarteaduras en los muros
del partido gobernante.
Pero no confiar demasiado
en las virtudes catastróficas de la lira,
en la toma del poder por los endecasílabos.
Buscar pacientemente en cada cuerpo
el punto en que se esconde
la ternura.
Darle piel abierta a la caricia.
Organizar una manifestación
que corra, tumultuosa,
a escuchar en el Zócalo un recital
de poesía.
Contemplarse las manos,
a la hora de morir,
y pensar en las obras
firmadas por sus huellas digitales.
No tener temor a la muerte.
Enseñar a los cojones a deletrear el infinito.
Morir, en fin, tranquilo.
En paz, serenamente,
si se está convencido
de haber colaborado
con un grano de pólvora
al bendito desorden que se acerca.

RECETARIO

RECETA PARA HACER UN POEMA POLITICO

Se pasa uno la noche
leyéndole a su pluma el Manifiesto.
Se lleva un mapa en la bolsa del traje
y se le saca cuando menos tres veces al día
para ver dónde queda Vietnam,
dónde está Angola.
Se hace oídos sordos a los siguientes temas:
los "andamios interiores",
el "páramo de orquídeas"
y, sobre todo, la "rosa encarnada".
Se conjugan todos los verbos
a partir de la tercera persona del plural
y deja uno de pensar,
y de sentir,
y de vivir
y de escribir
y de dar a entender
que la pasionsilla del jueves,
el coito del domingo,
el portazo del lunes
deberían vocearse por las calles,
correr de boca en boca,
salir a ocho columnas en los diarios.

RECETA PARA ENAMORAR A UNA MUJER

Se cuecen a fuego lento dos poemas de Bécquer,
y la ceniza que quede de ellos
se unta suavemente en el pecho de la sujeto.
Se consigue un disco con música de Chopin,
llora uno copiosamente con ella,
se mezclan las lágrimas con una o dos claras de huevo,
se baten poco a poco
y se preparan unos merengues nostálgicos
que se le obsequian a la mujer con un gesto desdeñoso.
Frota uno tres veces consecutivas
el codo izquierdo de la susodicha
tomando la precaución
de que se haga tal cosa un viernes o un martes.
Se humedece la punta de la lengua
y cuando menos lo espere la mujer
se le introduce de golpe en su oreja derecha.
Si no hay resistencia,
se hace tal cosa cuatro veces
y al terminar, se la ve directamente a los ojos,
como diciéndole: fue sólo un avance,
un sábado preñado de domingo.
Se leen a la interfecta
las historias de
Adán y Eva, Romeo y Julieta, Pablo y Virginia,
todos los hombres y Marilyn Monroe.
Se le tocan los senos pero como quien no quiere la cosa:
no como quien exprime una naranja
sino como quien prueba si una ciruela está madura.
Cuando logra uno desnudar su vientre
se llora, en fin, una lágrima

que dé exactamente en el ombligo.

RECETA PARA DESTRUIR UNA FAMILIA

I

Se deja uno los cabellos invariablemente
dos centímetros más largos de lo que consiente nuestro
[padre.

Cuando nos regañen
porque hablamos al comer,
porque traemos el cuello de la camisa sucio
o porque le sacamos punta
a las peores leperadas,
se contesta a los padres:

- a) en verso,
- b) con un dedo metido valientemente
en la nariz o
- c) cerrando un ojo cada
cinco segundos, reloj en mano.

Debe uno aprender a masturbarse con un hilito
de modo que lo pueda uno hacer en la sala
a la hora en que todos estén viendo la televisión
y nosotros las piernas de mamá.

Hay que decirle a nuestro padre sí a todo lo que quiera
sólo los miércoles.

Cuando haya fiesta en casa, por último,
hay que entrechocar, inesperadamente,
nuestro cigarro de mota
con la copa de alcohol de nuestro viejo.

II

Si una descubre que el esposo
tiene una amante
(por ejemplo porque luce testículos muy ojerosos)
se le dice que no hay bronca,
que qué bueno,
que no importa, amor mío,
que yo soy comprensiva,
pero que no me esperes a dormir el sábado.

III

Se ayuda a los hijos a desmontar
las letras de la palabra "padre"
y se les sugiere decir en vez de ella
"el de mayor edad" o
"el que copula con mamá cuando ya nos dormimos"
se quita uno a lo largo del cuerpo
el pellejo de "esposo".
Se hace exactamente
un millón doscientos mil pedazos
el contrato matrimonial.
Y se deja de usar el anillo de bodas en el pene.

PREPARA YA LA CARCEL

Y me dije:

hazle señales de humo con incienso,
extiende, con la red,
el amargo panal de la emboscada.

Súbete, pero ya. Llega a la altura
en que pastan las nubes
la vecindad hojosa de la tierra.

Colócate una antena por si acaso
viene con los disfraces de la música
o con las variaciones
en que el tema inicial fuera el silencio.

No olvides los cordones.

Prepara ya la cárcel. Toma. Baja
la mano hasta alcanzar (haz un esfuerzo)
la colección de muros del candado.

¿Qué pasa? Salta, muévete.

Por favor no te quedes con los brazos
tan ciegos como un nudo.

¿Que la red se encontraba agujereada?

¿Que pasó a una distancia desdeñosa?

Se trataba, carajo,
del ángel de las siete treinta y cinco
que se había salido de su ruta.

EN LA ORDEN DEL DIA

¿Que ya no puedes más, que ya tus hombros
no soportan el bulto del cansancio?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Qué están, dentro de ti, desmoronándose
tus músculos más firmes

como un reloj inserto en las entrañas?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que te invade la sed, que sufres hambre
y tu estómago empieza a enloquecer,

a tañer su campana de vacío

para llamar a mesa y a manteles

que digan pan al pan y al vino vino?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que temes la tortura?

¿El duelo de la sangre y las ideas?

¿Que se acerque el esbirro

a buscar en tu piel planes y sueños?

¿En tu alarido el nombre de tu hermano?

¿Alguna dirección en tus testículos?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

Hay que ser partidarios de la tesis

del odio permanente.

Hay que hallarse sin tregua

con la iracundia al hombro

para estar algún día en pie de paz.

Ni modo, camarada.

Cansancio, hambre, temor, qué significan,

para el que ha decidido,

con su cincel en mano,

levantar la escultura de su grano de arena.

LA GRAN MARCHA

EL POETA

En la sala de mi casa dormitan varios muebles.
También hay muchos besos y palabras untados en los
[muros.

Hay una vieja lámpara que carraspea resplandores,
y se pone a hablar del día a las altas horas del poema.

En mi sala, los retratos familiares
ponen aquí y allá sobre el bargueño,
las repisas y los taburetes,
toda una galería de cromosomas
en verdad fotogénicos.

Y lo diré también: mi sala está amueblada
por mi propio desorden.

Tiene sillas librereros: sillas en donde Góngora
duerme sobre Sor Juana a pierna suelta
y en que Marx alza en hombros a Bakunin.

Una mesa en que mi angustia
busca, con su pesada sien, en la madera
un urgente regazo.

Un piano compasivo que me toma
de los dedos, que toca
alguna breve y extraña melodía
sobre mis uñas, y me lleva
a las noches en los jardines de mí mismo.

En mi sala hay tantas cosas.

Pero lo decisivo es el teléfono.

Oh nido de palomas mensajeras.

Almacén de los espacios.

Aeroplano doméstico.

Pista de aterrizaje del aliento.

Juguete de los niños que sienten cosquilleos
de saltar a ser Dios.
Arriesgo, con el teléfono,
mis primeros pasos de ubicuidad.
Mi sala es habitada, de pronto, por un timbre.
Como si se encendiera una bombilla
dentro de cada sueño,
vuelve toda mi sala a sus cabales.
El cuarto, electrizado,
se convierte en imán imperativo
de mi presencia rápida.
¿Qué se oye? Es la sirena
de un pequeño vapor que está arribando
al puerto de mi mar de incertidumbres,
o acaso una ambulancia, un carro enfermo,
cáncer en estampida,
que aúlla adolorido
por las calles de Dios o por las calles,
seamos más exactos, de la nada.
El monstruo, en fin, de la sorpresa
que quién sabe por qué pudo enterarse
del número que tiene,
caja fuerte del alma, mi teléfono.

La campanilla de larga distancia es intermitente,
distinta,
como un grillo irritado, tartamudo.
Salva montañas, ríos, continentes.
Recorre el mapamundi en menos del cantar
de un parpadeo.
Hace jíbaros de agua,
al convertir en charcos los océanos,

el mural espumoso en miniatura
donde sólo un gusano de burbujas
aletea.

En veces, en mi teléfono,
suena un timbre de infinita distancia.
No trae la llamada de una alcoba citadina.
Ni tampoco de alguna provinciana
con el acento de su propia lejanía.
No me arroja tampoco
una parte de Europa hacia mi sala.
Viene del infinito.
Y se anuncia con un timbre singular
como si se le diera
luz verde a alguna ráfaga inaudita
de sonidos armónicos.

Cuando suena el timbre de infinita distancia,
levanto el audífono
y alguien o algo me dicta estos poemas.
Oh musa telefónica.
Yo traigo mi papel y ruego que no cuelguen.

Y así por intermedio del teléfono,
de su timbre de infinita distancia,
de este juguete, en fin, de ubicuidad,
deletreo un poema, ya se sabe,
que es de nunca acabar, de nunca serlo.
Pero a veces me ocurre
que corro hacia el teléfono
con hambre de metáforas y una extraña
sensación de vacío de infinito en el estómago

y tan sólo puedo comunicarme con mí mismo
porque ni suena el timbre de otro mundo
ni quiere el infinito darme línea.

INDICE

Cuando la pluma toma la palabra2

*PARA DELETREAR EL INFINITO**Tercer Canto*

El entierro del ángel custodio.....5

13 epitalamios.....10

El péndulo.....13

Quinto Canto

El tacto a la mano.....16

El reloj del celo18

Sexto Canto

Frutos de agridulzura.....19

Octavo Canto

No es posible entrar dos veces en el mismo río.....22

EL ANTIGUO RELATO DEL PRINCIPIO

El antiguo relato del principio

Canto Primero

La piel del círculo.....27

Canto Cuarto

El dinosaurio nostálgico.....33

Parábola del manicomio.....35

Año primero, del universo sin mar.....37

LA BESTIADA

Ecce homo.....39

Hormiga y aparte.....43

EN PRIMERA PERSONA

La alternativa.....	45
Prehistoria del puño.....	46
La clase obrera va al paraíso.....	48
En pie de lucha.....	50
Epigramario.....	52
Manos, mis pobres manos.....	44

AQUÍ CON MIS HERMANOS

Los trabajos de Hércules.....	57
-------------------------------	----

EL QUÍNTUPLE BALAR DE MIS SENTIDOS

I. Acecha, merodea, da zarpazos.....	59
II. Cuando ayer en los dedos.....	66
XXI. Acecha, merodea, da zarpazos.....	68
XXVIII. Va de pasión en fondo por las calles	70
XXXII. Me invade aquí de pronto la migraña	72

EL TERCER ULISES Y OTROS POEMAS

A solas con mis ojos.....	74
El viento me pertenece un poco.....	80
Penélope.....	83
Yo sigo mi camino.....	85
Electrocardiograma.....	87
Elige.....	90
La kermesse de los sentidos.....	91
De diez en fondo.....	92
Programa de vida.....	95
<i>Recetario</i>	
Receta para hacer un poema político.....	97

Receta para enamorar a una mujer.....	98
Receta para destruir una familia.....	99
Prepara ya la cárcel.....	101
En la orden del día.....	102

LA GRAN MARCHA

El poeta.....	103
---------------	-----